

Dice la sangre



Rubén Abella
Dice la sangre



menos**cuarto**

© Rubén Abella
© de esta edición, Menoscuarto Ediciones, 2024

ISBN: 978-84-19964-15-1
Dep. Legal: P-56/2024

Diseño de colección: Echeve
Ilustración de cubierta: © Rubén Abella
Corrección de pruebas: Beatriz Escudero

Impresión: Gráficas Zamart (Palencia)
Printed in Spain – Impreso en España

Edita: MENOSCUARTO EDICIONES, S.L.
Cardenal Almaraz, 4 - 1.º F
34005 PALENCIA (España)
Tfno. y fax: (+34) 979 701 250
correo@menoscuarto.es
www.menoscuarto.es

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Este libro se ha elaborado con papeles con certificado forestal que controlan el origen de la materia prima provenientes de montes sostenibles, garantizando el respeto al medio ambiente.

A María

«¿Me atrevo
a perturbar el universo?»

T. S. ELIOT

ARIEL

Al pasar con las Vespinos por delante del cine Tívoli, el Cuco levantó el dedo corazón y nos llamó pijos de mierda. Estaba con Elo viendo las fotos de *Pasaje a la India* que había expuestas en las vitrinas. La tenía agarrada por la cintura y tuvo que soltarla para hacer el gesto en toda su amplitud. No recuerdo si el insulto me ofendió, aunque imagino que no porque por aquel entonces yo tenía preocupaciones más serias. Además, el Cuco y sus amigos llevaban incordiándonos todo el verano y ya nos habíamos acostumbrado a sus burlas. Lo que sí recuerdo es pensar que ni a él ni a su novia les pegaba nada ver esa película. El Cuco era matarife. Tenía diecinueve años —uno más que nosotros— y desde los catorce ayudaba a su padre a degollar y descuartizar reses. Pese a lo joven que era, la costumbre de matar le había labrado en la cara una expresión de viejo aturdido. Decía tacos sin parar, fumaba porros de hachís y Celtas Cortos sin filtro, y siempre, hiciese el tiempo que hiciese, llevaba la misma ropa: una cazadora negra tachonada, una camiseta de los Rolling Stones o los Ramones, unas zapatillas con las punteras blancas y unos vaqueros de pitillo que acentuaban la delgadez de sus pier-

nas arqueadas y le daban un siniestro aire de cuervo. Elo mascaba chicle con la boca abierta y tenía el pelo teñido de azul. En todo lo demás era la copia en chica del Cuco. Su media naranja perfecta. ¿Qué interés podían tener esos dos en ver *Pasaje a la India*? ¿Qué les importaban a ellos las vicisitudes de dos damas británicas en las colonias?

No le hicimos caso. Puede incluso que, con el ruido de los motores, no todos le oyéramos. Doblamos la esquina del Tívoli y seguimos nuestro camino.

Antes he dicho Vespinos, pero me has pedido que sea riguroso, así que quiero aclarar que no todas nuestras motos eran de esa marca. Marieta y los gemelos —Bruno y David— conducían unas Derbis Variant de tonos metalizados que se arrancaban apretando un botón, sin necesidad de dar pedales o empujarlas. Motos de señorito, les decíamos los demás en broma. Javi y yo teníamos Mobylettes. Él, una Liberty roja llena de pegatinas, bastante maltrecha, heredada de su hermano. Yo, una Cady algo ambigua que compartía con Tesa. La careta y los colores —era negra, con los radios y la pata de cabra naranjas— emitían una virilidad innegable que, sin embargo, no bastaba para contrarrestar el femenino efecto de la cesta cromada. No sé a los demás, pero a mí lo que más me gustaba de las motos era el ruido, ese estruendo arrogante que, cuando íbamos todos juntos, hacía que la gente dejara lo que estuviera haciendo para mirarnos. La mayor parte de las veces no teníamos un destino fijo. Recorriamos Tabira por el mero placer de alterarla. Otras sí. Otras íbamos a la piscina municipal. O a las canchas de los Salesianos. O, como aquella

tarde de agosto, a ver la puesta de sol al mirador del hotel Baracoa.

Rodeamos como un escuadrón las terrazas llenas de turistas de la plaza del Foro y pasamos junto al muro norte de la iglesia de San Dimas. Sobre la cornisa, entre dos canecillos con decoración de hojarasca, había incrustada una bala de cañón que, según decían las guías, habían disparado los franceses durante la guerra de la Independencia. La intemperie la había oxidado y la lluvia había hecho brotar de su superficie unos regueros cobrizos que resbalaban por la mampostería. Yo había visto esos regueros ininidad de veces, pero hasta esa tarde no me había parado a pensar que parecían sangre. Que aquel muro de arenisca y pizarra estaba herido. Que, como Pilar, la iglesia de San Dimas se moría.

Al doblar la siguiente esquina —la de la cafetería Aqualung—, Raúl tumbó la moto más de la cuenta y estuvo a punto de caerse. La rueda trasera dio un patinazo y serpenteó sin control varios metros. Luego se enderezó y siguió rodando con normalidad. Tras el susto, todos frenamos un poco. Salimos a la calle Correos, salvamos la rotonda de los Juzgados, franqueamos la muralla y enfilamos la cuesta del Portón, que se estiraba a nuestros pies como una larga raya de lápiz, cada vez más fina y difusa, vibrante bajo el sol angulado de las siete de la tarde. Abajo, en un silencio falso, fabricado por la distancia, discurría la carretera general. Al otro lado del cruce sin semáforo nacían dos caminos asfaltados divergentes entre cuyos trazados se alzaba la chopera triangular de la Culebra. Más allá, detrás

de los caseríos dispersos y los parches de cebada y lúpulo, se divisaban los picos quebrados de la sierra Perdida.

Empezamos a bajar la cuesta en bloque. La pendiente era muy pronunciada y obligaba a usar el freno casi desde el principio, para poder detenerse sin sobresaltos al llegar al cruce. Pero yo no lo hice. Al contrario, aceleré y pegué la cara al cuentakilómetros para disminuir la resistencia del aire. Adelanté al grupo y creo recordar que alguien me gritó que adónde iba, que frenara, pero no estoy muy seguro porque mi confusión y el ruido de los motores lo tapaban todo. La moto temblaba. El viento hacía que me lloraran los ojos. Entonces pensé en Noemí. En lo mucho que la echaba de menos. Por un instante la sentí abrazada a mi espalda, con la barbilla apoyada en mi hombro, hablándome al oído mientras nos disolvíamos juntos en aquel torbellino de miedo y errores. Roté el acelerador al máximo y seguí bajando con los brazos en tensión y el niqui pegado al torso. Vi a través de las lágrimas que la cuesta se acababa. Vi también que por la derecha se acercaba al cruce un camión con un tráiler muy grande. Al rebasar la raya blanca del *stop*, oí el clamor de los frenos y el claxon. Apreté los ojos y, aterrorizado, entré como un cometa en una negrura deslumbrante. Durante una fracción de segundo transité por un vacío astral, esperando el impacto, el golpe brutal que me desintegraría y acabaría con todo. Pero no ocurrió nada. Cuando abrí los ojos, ya estaba en la otra orilla. Frené en seco para no estrellarme con los chopos de la Culebra. La moto derrapó y, dibujando un arco sobre el firme, giró ciento ochenta grados y quedó mirando hacia la carretera.

El camión se alejaba bramando. Tenía varios pisos y estaba lleno de ovejas que balaban asustadas por la sacudida y el ruido. El aire olía a goma quemada y estiércol. Un remolino de briznas de paja se agitaba en el humo del frenazo. En la cuesta, esparcidos por la pendiente, estaban ellos. La pandilla. De pie, con las manos en los manillares de las motos, mirándome con estupor. Como si no me conociesen. Como si ya no supieran quién era.

